

# **LAS GUERRAS DE LOS HOMBRES**

**Andrés Barrero**



Andrés Barrero

# Las guerras de los hombres

**JLL**  
Libros y Literatura

Primera edición.

Las guerras de los hombres.

© 2023, Andrés Barrero.

© Libros y literatura SL

[www.librosyliteratura.com](http://www.librosyliteratura.com)

[contacto@librosyliteratura.com](mailto:contacto@librosyliteratura.com)

© Corrección: Victoria Mera.

© Diseño de portada e interiores: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-126956-5-6

Depósito Legal: A 263-2023

*Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.*

## **Las guerras de los hombres**

*Porque no había otro lugar  
al que huir,  
volví a la escena del desorden de los sentidos...*

Anne Sexton, *Huye en tu asno*, 1962.



*A Vitorita*

*A Raúl*

*La vida no te lo puso fácil, pero supiste disfrutarla  
hasta el último sorbo y tus ganas de vivir te convirtieron  
en una inspiración para todos.*

*Seguirás presente en cada brin-  
dis, en cada risa, en cada hoguera,  
como siempre.*







## Primera parte

*Como a un viviente ellos me saludan  
¿mas no saben acaso  
que he muerto de años tan tardíos  
aunque insepulto?  
No soy aquí sino una sombra inmóvil,  
mohosa forma ya sin pulso, pálida  
fotografía del pasado, proyectando  
cenizas frías que se alejan.*

*The dead man walking, Thomas Hardy.*

*Y la muerte no tendrá señorío.  
Desnudos los muertos se habrán confundido  
con el hombre del viento y la luna poniente;  
cuando sus huesos estén roídos y sean polvo los limpios,  
tendrán estrellas a sus codos y a sus pies;  
aunque se vuelvan locos serán cuerdos,  
aunque se hundan en el mar, saldrán de nuevo,  
aunque los amantes se pierdan, quedará el amor;  
y la muerte no tendrá señorío.*

*Y la muerte no tendrá señorío, Dylan Thomas.*





# I

ADEMÁS DE SU CAMPO DE TRIGO, Marina Ossípovna tenía un huerto, una mula, una vaca, seis cabras, gallinas, un cerdo, un perro y, lo mejor, abejas, y siempre, especialmente cuando no tenía nada de eso, había pensado que alguien que tuviera un campo de trigo, un huerto, una mula, una vaca, seis cabras, gallinas, un cerdo, un perro y, lo mejor, abejas, tenía que ser necesariamente una persona feliz. Pero ella rara vez sentía algo parecido a la felicidad cuando miraba sus posesiones. No es que regara sus tierras con sus lágrimas, hacía mucho tiempo que no le quedaban, pero tampoco recordaba lo que era sentirse invadida por la alegría.

Tal vez la felicidad que debieran darle sus pertenencias, pensaba, no podía competir con la tristeza que le proporcionaban sus pérdidas. Lo que perdió o lo que le quitaron, que, aunque el resultado es el mismo, no tiene nada que ver. Porque Marina Ossípovna también tuvo una familia, un marido que desde luego no era un buen hombre, ni siquiera en su recuerdo lo era, pero que le dio un buen hijo y una hija que era su alegría.

Marina nació en Transnistria, su familia y ella misma habían sido ciudadanas y ciudadanos soviéticos, rusos, moldavos y rumanos sin moverse más que unos kilómetros de su casa natal. Ahora ella sumaba una nacionalidad a aquella colección, porque

su marido, ruso, la sacó de allí y acabó por llevarla a vivir a aquella tierra que ahora era suya y, además, ucraniana. O rusa, según a quien se le preguntara. O tal vez independiente. Pero su marido era ruso y en el tejado de su modesta isba había hecho ondear una bandera tricolor que era su mayor motivo de orgullo. Hasta que alguien lo mató y cambió esa bandera por una de su país, no se sabe si por convicción o por despistar, porque poca gente había por aquellos lugares que no tuviera una o varias cuentas pendientes con él. A fin de cuentas, la muerte era uno más de los vecinos y a nadie le sorprendió ni, a decir verdad, le entristeció especialmente aquella visita. Después, una patrulla de soldados prorrusos violó a su hija, y volvió a sustituir la bandera azul y amarilla por la blanca, azul y roja de antes. Su hija murió en el parto, y a ella le parecía que había pagado un precio muy alto únicamente por cambiar los colores de un trozo de tela. Su hijo no se fue a vengar a su padre matando ucranianos, bien sabía él que no lo merecía, pero sí decidió vengar a su hermana yéndose a matar rusos. Marina pensaba que, si se quedaba en casa y era capaz de llevar una existencia pacífica y feliz, en realidad los vengaría a ambos, pero en esos asuntos los hombres rara vez escuchaban la opinión de las mujeres, lo que, probablemente, explique una gran parte de las muertes de la historia de la humanidad.

El trigo al que aquella bandera daba sombra crecía igual cuando tenía tres colores que cuando tenía dos, y a ella le parecía que debían tener alguna utilidad mejor que la de hacer que mataran a su familia. Ya no había banderas en su casa, con los restos de las que hubo cosió una bolsa para el pan. Solo a los hombres se les ocurría matar o dejarse matar por algo tan absurdo como eso. A lo largo de su vida había conocido hombres mejores y peores, pero había llegado a la conclusión de que, independientemente de sus virtudes, eran todos inevitablemente idiotas.

Le encantaba aquella bolsa hecha de trocitos de algo que detestaba, unió aquellos retales como pudo en un *patchwork* demente sin patrón ni idea preconcebida, pero que, después de todo, servía para aquello para lo que la había cosido y, en su mundo, practicidad y belleza, si no eran sinónimos, se parecían tanto que nadie se paraba a pensar en ello no fuera a ser que esos pensamientos fueran demasiado tristes.

Marina Ossípovna tenía una casa, un campo de trigo, un huerto, una mula, una vaca, seis cabras, gallinas, un cerdo, un perro y colmenas, pero también tenía una nieta y eso le parecía sin duda mejor que las abejas. Incluso mejor que ellas, que hasta entonces habían sido sus únicas confidentes. Nadiezhda, su nieta, nunca lloraba, como si supiera que allí ya había habido lágrimas suficientes. Marina no era feliz, pero había momentos en los que aquella niña sonreía y a ella se le olvidaba que tenía tantos motivos para estar triste. Y si hubiera pasado por allí alguien por algún motivo diferente que hacer daño a sus semejantes, es probable que, si la hubiera observado detenidamente, la hubiera visto sonreír. Apenas una mueca, un esbozo de sonrisa, tan tenue como silenciosa y solo si coincidía que estaba mirando a la niña, pero una sonrisa, al fin y al cabo.

Estaba acostumbrada a trabajar duro, aquellas posesiones suyas obligaban a invertir mucho tiempo y esfuerzo si se quería vivir de ellas, pero desde que su difunto marido no transformaba mágicamente el fruto de su esfuerzo en vodka, vivía en algo parecido a la abundancia. Echaba de menos a su hijo, era un buen mozo y sus manos eran muy útiles, pero si no fuera por la tristeza, habría tenido la tentación de sentirse satisfecha.

A veces recordaba cuando escuchó tras la puerta como aquel joven y apuesto soldado que había pasado unos meses acuartelado cerca de su casa y que hizo amistad con su padre le pidió

su mano. «Tengo que volver, me queda un año de servicio que debo pasar en Tula, y después volveré a mi casa, a mi granja en el Óblast de Lugansk. Necesitaré una mujer que me ayude, Ossip Fiodorovich, sería un honor que me concedieras la mano de una de tus hijas». Cuando escuchó «una de tus hijas» deseó con todas sus fuerzas que fuera ella la elegida, cualquier cosa sería mejor que aquel pozo de miseria. «El hambre es mala consejera», pensó después a menudo que todos esos hombres que se sentían tan inclinados a matarse unos a otros, o bien no habían pasado nunca hambre, o bien la pasaban todavía. Su padre, hombre práctico, contestó: «¿Cuál de ellas?». El que terminaría por convertirse en su marido, Anton Semionovich, contestó: «La que sea más fuerte, Ossip Fiodorovich, en la granja me harán falta unas buenas manos». Ella, que no estaba motivada precisamente por un anhelo romántico, sino por la necesidad de huir de allí, tuvo que ahogar un grito de alegría cuando oyó a su padre contestar: «Llévate a Marina, es una mula». Una mula, eso es lo que se transfirió en aquel apretón de manos, y eso fue hasta que su marido fue capaz de comprar una de verdad y poco a poco la fue liberando de sus penosas tareas en el campo para que pudiera centrarse en sus penosas tareas en la casa —aunque cocinar le gustaba y se le daba muy bien— y en la cama. Porque desde la primera noche tuvo claro que aquello que pasaba en esa cama podría ser un deber, algo a lo que una buena esposa no podía ni debía negarse, pero desde luego nada parecido a un placer. Cuando luego leyó en libros que había quien incluso disfrutaba de aquello no logró entenderlo. Leer, aunque tuviera que hacerlo a escondidas, se convirtió en su mayor placer, pero esa distancia entre el amor que leía y aquello que ella experimentó siempre le hizo mantener una distancia prudente con las cosas escritas, que le gustaban, pero no acababa de creerse y tenía la vaga convicción de que podían ser peligrosas.

Después, cada vez que recordaba ese episodio, lo hacía con envidia hacia sus hermanas, que fueron ambas más afortunadas que ella: una consiguió una beca para estudiar en Italia; allí conoció a un español con el que se casó y con el que vivía desde entonces en Madrid, y la otra murió, es cierto, pero tuvo suerte porque se fugó con un chico del que se había enamorado y vivieron juntos y felices un año entero. Un año de felicidad, un día detrás de otro, le parecía algo verdaderamente inimaginable.

La única diferencia entre ella y la mula que parecía asumir su marido era la de la posibilidad, *la obligación* decía él, de reproducirse. Una mula no podía, pero una mujer tenía ese deber. Cuando Marina le comunicó a Anton Semionovich por fin, tras una espera angustiada, que estaba embarazada, este le contestó: «Ya era hora mujer, ¡que sea niño!». Y lo fue, y lo perdió, y él la llamó inútil. La siguiente vez que se quedó embarazada ya tenían también una vaca, Anton Semionovich era un mal hombre, pero un buen granjero. No fue hasta la tercera cuando nació su hijo Andriy, ese mismo que ahora andaba por aquellas tierras matando rusos para vengar a una hermana a la que le habría horrorizado pensar que se podría matar a alguien en su nombre. Habían pasado quince años, ella para él ya era un objeto más. «Espero que ahora que has cumplido con tu deber sepas cuidarlo, mujer, para uno que te nace haz que sobreviva». Fueron varios los abortos posteriores, a ella siempre le entristecían, pero también le aliviaban, no le parecía justo condenar a un niño a soportar a aquel animal. Para cuando nació su hija, Larisa, ya tenía también las cabras, el perro, las abejas y el tractor: aquella máquina que, según su marido, era lo mejor que le había pasado en la vida.

Anton Semionovich trataba a su hijo como a todo lo demás excepto al tractor. No es que no lo quisiera, es que consideraba que era su deber entrenarlo para una vida de duro trabajo, y eso

no se conseguía con caricias y buenas palabras. A diferencia de lo que le ocurría a Marina, a quien los golpes casi siempre le olían a vodka, el niño los podría haber asociado a cualquiera de los olores que conocía, porque no había una situación que no pudiera desembocar en un tortazo o en un supuestamente educativo golpe de fusta. La niña no sufrió de la misma manera, no se gastan fuerzas en golpear lo que no existe y para su padre una niña era una broma incomprensible del destino, una carga difícilmente justificable para la economía doméstica. Su única influencia en su vida fue que supuso una buena excusa para propinar alguna paliza a la madre, por inútil, pero a todos los efectos no existía para él. Y cuando la niña creció y la madre comenzó a ver en la mirada de su marido ese destello que ella conocía bien y que tanto le preocupaba, lo mataron. Ella les estaba agradecida a los asesinos, lo habría tenido que hacer ella misma si aquel hombre le hacía a su niña lo mismo que le hacía a ella cuando la miraba así.

Cuando él murió, decidió ocuparse solo del huerto y alquilar el campo de trigo, aunque sintió la tentación de dejar que se perdiera la cosecha y convertir aquella tierra en un terreno baldío para que, junto con el cuerpo de su marido, murieran también sus sueños. También pensó en quemar el tractor, pero finalmente se impuso su espíritu de mujer práctica y decidió sacarle rendimiento. Era cierto que la visión de aquel mar de espigas y el sonido del tractor le recordaban al diablo con el que se casó, pero de todas formas sabía que no iba a poder deshacerse de aquellos recuerdos, así que mejor obtener de ellos algún beneficio. Decidió alquilárselo a Arkadi Danylovich, probablemente porque su marido lo detestaba, era incapaz de cruzarse con él sin insultarle o incluso agredirle; su propia existencia le irritaba y se iba a ocupar de su campo de trigo. A ella siempre le cayó bien, aunque nunca intercedió en su favor, era consciente de que una vez que



su marido sentía la tentación de pegar, los golpes nunca desaparecían, sino que, como mucho, podían cambiar de destinatario y el bueno de Arkadi le era simpático, pero recibir sus golpes le parecía demasiada muestra de amistad. Anton Semionovich y la mayoría de los hombres del pueblo odiaban a Arkadi, tanto que le negaban el patronímico. Todos le llamaban simplemente Arkadi el Marica, y a ella el mote le resultaba innecesariamente cruel, no porque le gustaran los hombres o no, eso no le importaba y en todo caso le parecía cosa de mal gusto más que de moral, sino porque necesariamente debía ser muchas más cosas además de esa y no le parecía bien reducirle a una única de sus características. Demostró ser buen agricultor, por ejemplo. Sus vecinos pensaron que estaba doblemente loca, una vez por alquilar la tierra y otra por hacerlo a aquel hombre, y también que aquella mujer sola no podría sobrevivir allí, sin embargo, demostró ser inteligente, ya que era la única de entre los habitantes de esos parajes que obtenía frutos de la tierra sin esfuerzo. Con su huerto, el prado y los animales tenía más que suficiente. Y lo que no le daba la tierra lo podía adquirir en el camión del bueno de Oleg, el comerciante que pasaba por allí una vez al mes y que permitía que se le pagara con dinero ruso o ucraniano, en efectivo o con tarjeta, tanto como con patatas. No había problema, tenía de las tres cosas. Mientras quedase quien le arrendara las tierras no pasaría ningún apuro, y aunque todos se fueran a Rostov del Don, como estaban haciendo, podría sobrevivir mucho tiempo. Tenía reservas, todos los años hacía muchas más conservas de las que podía consumir incluso cuando su marido vivía, y eso que comía como tres cosacos. También bebía como ellos. Construyó un sótano escondido bajo el cobertizo donde instaló un alambique con el que destilaba volúmenes asombrosos de vodka y *samohon*, que bebía en cantidades pasmosas y que, aun así, almacenaba

como si fuera a poner una tienda. Y podría haberlo hecho. De vez en cuando, el pope pasaba por su casa y le preguntaba si no le quedaría alguna botellita del vodka de su difunto marido para el frío, pero ella siempre negaba. Tenía existencias para invitar a todo el pueblo durante meses, pero repartir ese veneno que convertía a los hombres en monstruos no le parecía correcto. Esperaba que el Señor le diera fuerzas para prenderle fuego a todo aquello antes de morir, de momento se conformaba con utilizar aquel escondite para almacenar alimentos, conservas y otras viandas no perecedoras con las que sobrevivir en caso de necesidad. Si su marido hubiera vivido para ver su escondite convertido en algo tan femenino como una alacena, habría muerto de nuevo. O la habría matado a ella.

No era una persona de mucha cultura; en casa de sus padres había dos libros, un *Domostroi* que a ella le parecía que decía muchas barbaridades, pero gracias al que aprendió muchos trucos de economía doméstica y con el que, sobre todo, aprendió a leer, y un ejemplar de *El Don apacible*. Vivir después en tierra que sacaba su nombre de un río que desembocaba en aquel Don<sup>1</sup> del que tanto leyó y que se enorgullecía de su herencia cosaca le hacía sentir que la vida y la literatura estaban más cerca de lo que se podría imaginar. Ese fue el mayor regalo que nadie le hiciera nunca: la posibilidad de leer. Aunque no pudo hacerlo a menudo, consiguió comprarle a escondidas algunos libros a Oleg el comerciante. Intercambiaba libros por su peso equivalente en patatas y era lo único que ella creía que compraba barato y Oleg pensaba que vendía caro. Tenerlos entre sus manos, leerlos a escondidas o incluso fuera si su marido salía por unos días era lo único en su vida que era genuinamente suyo. Tenía otras cosas, algunas incluso le gustaban, pero todas eran para los demás. Fue durante muchos años lo único, junto con las abejas, que le

---

<sup>1</sup>La región del Donbass saca su nombre del río Donest, principal afluente del Don.

proporcionó algo parecido a la paz. Y también tenía una radio que la mantenía más o menos informada de lo que ocurría a su alrededor. No es que ella se creyera nada de lo que escuchaba, le parecía que no estaban muy bien informadas aquellas voces que en los últimos ocho años decían que había guerra, alto el fuego, invasiones o escaramuzas en la zona en la que vivía cuando ella no percibía el menor cambio. Ella, además de práctica, era sencilla, si la gente se mataba, para ella había guerra y, si no lo hacía, había paz. Allí había guerra, dudaba de muchas cosas, pero de esa no. Daban muchas vueltas para no decir algo tan evidente y fácil de comprobar. Pero la escuchaba a diario porque esas voces podían equivocarse, a ella también le pasaba a menudo, pero le hacían mucha compañía. Y quién sabe, puede que algún día le trajeran alguna noticia de su hijo, ya que el teléfono hacía meses que no lo hacía.



*Digo a todo el mundo que estoy aquí para vengar a mi hermana, para defender a mi país, para luchar contra los invasores, en fin, lo primero que se me ocurre. Total, a nadie le importan mis motivos mientras esté dispuesto a matar y a morir, y yo no lo deseo, pero asumo el riesgo. Cualquier cosa es mejor que quedarme en aquella granja con el recuerdo de haber crecido junto a la peor persona que he conocido y haber perdido a la mejor. Mi madre es buena gente y me necesita, lo sé, ella trató de convencerme de que la guerra solo iba a aumentar mi dolor, que la manera de compensar el daño que nos habían hecho era ser feliz, y no le hice el menor caso, pero no porque lo que me dijera no tuviera sentido para mí, todo lo contrario, sé que tiene razón, pero necesitaba salir de allí. Así de sencillo. Estoy luchando en una guerra a la que aún no llaman guerra, pero en la que disparo y me disparan. Si me matan, mi cuerpo al fin alcanzará a mi mente. Estaré muerto como mis ilusiones, como mi futuro. Al final, uno se cansa de sufrir, supongo, acostumbrarse al dolor no es vencerlo, al contrario, y yo estoy tan acostumbrado que para mí ya era una más de las rutinas de la granja. Y el lugar me encanta, es un sitio fantástico, pero los hombres hacemos infiernos de cualquier paraíso y mi padre fue tan eficiente en eso que ya no sé si distingo lo uno de lo otro. Me vine a un infierno para recuperar la ilusión de vivir. No tiene mucho sentido, lo sé, pero es lo que hay y, si yo soy capaz de volver a ser yo, o mejor, ser alguien nuevo y mejor gracias a este lugar del desorden de los sentidos, merecerá la pena. Aquí la vida se simplifica, sobrevivir es el objetivo así que si uno sobrevive, todo le merece la pena. Tal vez mate a otros tan perdidos como yo, tal vez alguno de ellos me mate a mí, pero yo sé que no podía hacer otra cosa.*

*Lo curioso es que ahora que no puedo ni quiero volver, echo de menos aquella granja. Imagino a mi madre cuidando ella sola de la huerta, ordeñando a la vaca, envasando miel, haciendo conservas*

*para tres vidas y siento algo parecido a cariño. La imagen de mi madre sola con mi sobrina me inspira ternura y siento que podría estar allí, que debería estar allí, pero sé que no puedo, que en cada esquina se esconde un recuerdo traicionero, una paliza, un insulto, un encierro, un castigo. Es una buena tierra, devuelve multiplicado todo lo que se siembra y mi padre sembró mucho dolor y esa fue la más cuantiosa de sus muy buenas cosechas. Generó aún más dolor que vodka y eso fue mucho vodka. Y mucho dolor.*

*Y aquí no estoy tan mal, hay peligro, se siente, hemos tenido alguna que otra escaramuza, pero de momento mi grupo no ha sufrido bajas y estoy prácticamente seguro de no haber matado a nadie y si lo hubiera hecho habría sido de casualidad. Ya me han reñido en varias ocasiones por cerrar los ojos al disparar, pero no puedo evitarlo. Pese a las fanfarronadas que le dije a mi madre sobre ir a matar rusos, en realidad, me parece más probable morir que matar. Para matar hace falta poner algo de tu parte, hay que tener una fuerza y una voluntad que en este momento no tengo, pero para morir no hace falta hacer nada, otro se encarga de las partes difíciles.*

*Vamos de un sitio a otro pavoneándonos, exhibiendo nuestras armas y asegurando a la gente que les protegeremos, ellos se alegran, nos ponen buena cara, nos dicen que somos héroes, nos desean suerte, pero en el fondo quieren que nos vayamos pronto para atender sus tareas. Cuando nos vamos se dedican a sus cosas hasta que llega una patrulla prorrusa fanfarroneándose tanto como nosotros, mostrando el poder de sus armas y asegurándonos que ellos los protegerán. Se alegran, les ponen buena cara, les dicen que son héroes, les desean suerte, pero en el fondo quieren que se vayan pronto para atender sus tareas. Incluso aquí las cosas tienden a alcanzar un cierto equilibrio, pero es cierto que en ocasiones nuestras patrullas se cruzan con las de los prorrusos y entonces todo se*

*descontrola, las fanfarronadas se vuelven hechos y ya todo es balas y locura. Quienes mantienen la calma o tienen suerte sobreviven, los demás no. Yo he tenido suerte. Hasta ahora.*

*Se establecen unos lazos fuertes entre nosotros, supongo que ocurre igual en todas las situaciones límite, pero no me engaño considerando que los compañeros de armas son amigos. Nuestro principal vínculo reside en que, si estás cerca, tienes probabilidades de recibir una bala en su lugar, y eso te convierte en alguien valioso. Yo no llamaría a eso amistad, pero a mí me sirve. Mi vida tampoco es que haya sido un derroche de cariño y estos compañeros que me quieren para que muera en su lugar al menos me quieren por algo. Eso es más de lo que puedo decir de mi padre. Aunque eso es injusto, mi madre y mi hermana sí me querían, la primera no era cariñosa, desde luego, de tanto escuchar que era una mula debió terminar por creérselo, de modo que era más de coces que de caricias. Pero no podía evitar que el amor se le notara. Mi hermana, sin embargo, era la persona más amable, afectuosa y buena que he conocido o conoceré, así que sí sé lo que es el cariño. Aunque puestos en la balanza su amor a un lado y a mi padre en otro, por alguna absurda razón me parece que el lado del dolor pesa más. Puede que el amor sea más importante, pero desde luego el odio es más denso.*